



La hija del optimista



Eudora Welty

Traducción del inglés a cargo de
José C. Vales

Con una introducción de
Félix Romeo



IMPEDIMENTA



Título original: *The Optimist's Daughter*

Primera edición en Impedimenta: septiembre de 2009

Copyright © 1972 by Eudora Welty, renewed in 2000 by Eudora Welty

Copyright de la traducción © José C. Vales, 2009

Copyright de la introducción © Félix Romeo, 2009

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2009

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

ISBN: 978-84-937110-5-4

Depósito Legal: P-251/09

Impresión: Gráficas Zamart

Italia, 51. Parcelas 14-18. 34004 Palencia

Impreso en España

Quedan reservados todos los derechos. El editor no permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

INTRODUCCIÓN



DE UN TIEMPO Y UN LUGAR

por *Félix Romeo*

La hija del optimista comienza como un cuento de hadas: un hombre se pincha con una rosa en su jardín y cae en un profundo sueño. También hay una gran fiesta, como en *La Bella Durmiente*: los carnavales de Nueva Orleans, con hombres disfrazados de esqueleto. Y un juez, Clint McKelva, que actúa como un rey bondadoso en su pequeño feudo de Mount Salus. Y una hija huérfana, Laurel, y una madrastra, Fay, como en *La Cenicienta*.

En *La palabra heredada*,* Eudora Welty cuenta la fascinación con la que empezó a leer: «[Mis padres] tuvieron que haber hecho un gran sacrificio para regalarme, por

*. *La palabra heredada*. Traducción de Miguel Martínez-Lage. Montesinos, Barcelona, 1988.

mi sexto o séptimo cumpleaños —fue después de que aprendiera a leer—, los diez volúmenes de *Nuestro mundo maravilloso*. Eran libros pesados, hermosamente confeccionados, con los que me tumbaba en el suelo, delante de la chimenea del comedor, sobre todo con el volumen 5, el que compendia “Todos los cuentos para niños”. Allí estaban los cuentos de hadas —Grimm, Andersen, los ingleses y los franceses, “Alí Babá y los Cuarenta Ladrones”, Esopo y Reynard el Zorro, los mitos y leyendas, Robin Hood, el Rey Arturo, san Jorge y el Dragón e incluso la historia de Juana de Arco, una porción del *Pilgrim’s Progress* y un trozo más largo de *Gulliver*. Todos ellos iban acompañados de las clásicas ilustraciones. Me alojaba en aquellas páginas...».

Los cuentos de hadas siempre le obsesionaron por su capacidad de suspender el tiempo. En un ensayo escrito por la misma época que *La hija del optimista*, «Apuntes sobre el tiempo en la narrativa»,* escribió: «Sólo los cuentos para niños no responden al tiempo, y en ellos el tiempo no tiene efecto; se le puede dar cuerda como un juguete, y acaba siendo un juguete: si se regula con “Había una vez”, empieza a girar hasta que no llega a “Fueron felices y comieron perdices”. Los cuentos de hadas no proceden de la antigua sabiduría, sino de la antigua locura, también poderosa. Siguen reglas propias que son tan firmes como las del tiempo (la magia de los números

*. En *On Writing*. Modern Library. EE. UU., 2002.

y de las repeticiones, el dominio del encantamiento); su perfección prohíbe la existencia de elecciones, y la exposición debe ser siempre igual. Son los niños quienes escuchan, quienes disfrutan de la ausencia de suspense en el cuento. Los cuentos hablan de deseos, y por lo tanto se responden a sí mismos».

El tiempo no se suspende en *La hija del optimista*, pero Eudora Welty quiere que todos los tiempos se junten en los pocos días que dura la acción: el de la guerra civil, el del amor de sus padres, el de la depresión, el de la segunda guerra mundial, el del pollo frito y la televisión... La enfermedad del juez McKelva precipita un tornado de recuerdos en su casa, que ha soportado muchas turbulencias meteorológicas. Su hija, Laurel, está empeñada en que esos recuerdos sean verdaderos, pero sabe que el recuerdo es «como un sonámbulo. Regresará con sus heridas abiertas desde cualquier rincón del mundo, como Phil, llamándonos por nuestros nombres y exigiéndonos esas lágrimas a las que tienen derecho. El recuerdo no será nunca insensible. Al recuerdo sí se le pueden infligir heridas, una y otra vez. En ello puede residir su victoria final. Pero del mismo modo que el recuerdo es vulnerable en el presente, también vive en nosotros, y mientras vive, y mientras tengamos fuerzas, podremos honrarlo y darle el trato que merece».

Son palabras de una ficción, que no se diferencian mucho de sus palabras autobiográficas, como las que usó para terminar *La palabra heredada*: «La memoria es

algo vivo —también la memoria es tránsito. Pero mientras dura su instante, todo lo que se rememora se une y vive, lo viejo y lo nuevo, lo pasado y el presente, los vivos y los muertos».

Eudora Welty había nacido en Jackson, Mississippi, en 1909, hija de una maestra y de un agente de seguros que se convirtió en un próspero hombre de negocios. Había estudiado en la universidad, donde había empezado a escribir sus primeros textos, y había trabajado, inmediatamente después de la depresión económica de 1929, en la Agencia Estatal de Administración Laboral como publicista, una tarea que la puso en contacto con la vida cotidiana de Mississippi, y en especial con las clases más bajas, nutridas mayoritariamente por afro-americanos, que seguían viviendo con derechos restringidos. Mientras hacía su trabajo realizaba fotografías, que se recogieron en libro años después bajo el título de *One Time, One Place*: «Al hacer fotografías aprendí qué grado de preparación debía tener. La vida no espera, no está quieta. Una buena instantánea detiene un buen momento que trata de escapar. La fotografía me enseñó que ser capaz de captar la fugacidad de las cosas, para poder apretar el botón en el momento crucial, era precisamente la mayor de mis necesidades».

(Su pasión por la fotografía la emparenta con un contemporáneo que no vivía demasiado lejos de ella, Juan Rulfo: a ambos, también, les fascinaban los fantasmas.)

Fue Katherine Ann Porter quien apadrinó literariamente a Eudora Welty, cuyo mayor aliento hasta entonces lo había encontrado en su madre, y la que, de alguna manera, hizo que abandonara la fotografía para dedicarse solamente a escribir. Sus libros de relatos de los años cuarenta, *Una cortina de follaje* y *Las manzanas de oro*, consiguieron un éxito inmediato. Y fue incluida en la promoción de nuevos escritores del Sur, junto a Truman Capote (1924-1984), Carson McCullers (1917-1967) y Flannery O'Connor (1925-1964), que, en palabras de Malcolm Bradbury, «fueron capaces de conjugar un gran refinamiento formal con la oscura visión de la decadencia y del mal, que tuvo como resultado una narrativa de enorme finura gótica».*

Cuando publicó *La hija del optimista*, en 1972, Eudora Welty estaba más cerca de la edad del juez McKelva que de la edad de su hija, Laurel, pero, sin duda, se sentía muy cómoda en la piel de esa mujer, a la que le dio muchas cosas de su propia vida: los viajes en tren, el dolor ante la imposibilidad de parar a la muerte, las cartas de los amantes, el trabajo sin descanso, la casa como pilar de la familia, la pasión por las novelas de Dickens, la obsesión por los objetos mecánicos...

Aunque *La hija del optimista*, con la que consiguió al año siguiente el premio Pulitzer comience como un

*. En *La novela norteamericana moderna*. Traducción de Guillermo Sheridan. FCE. México, 1988.

cuento de hadas, lo que va sucediendo en la novela se aleja poco a poco de los valores predeterminados. Nadie es completamente bueno o completamente malo. Como escribe en su ensayo «¿El novelista a las Cruzadas?», Eudora Welty creía que los escritores no podemos construir personajes de manera mecánica o colgarles carteles que expliquen sus posturas: «La gente no personifica el acierto y el error, el Bien y el Mal, lo blanco y lo negro».

Por eso consigue algunos de sus momentos más emocionantes cuando los personajes se salen del camino que parecían tener trazado. Como cuando Fay, en el hospital, a su marido enfermo, que no ha dejado de mirarla, le da de fumar para intentar hacerle feliz durante un instante: «Inclinándose sobre él, colocó su cigarrillo encendido entre los labios del juez. Su pecho se elevó visiblemente cuando inspiró, y un momento después, al espirar, su pecho fue descendiendo lentamente a medida que el humo salía también lentamente de su boca».

Cuando el funeral por el juez McKelva se está preparando, un pájaro entra por la chimenea y con las patas manchadas de hollín se mueve por toda la casa, dejando un rastro minúsculo y negro. La escritura de Eudora Welty se parece a las huellas de ese pájaro, sólo que no dejó rastros azarosos sino una poderosa visión del mundo, en la que la belleza tenía un lugar fundamental porque «no es un medio, no es un modo de promover algo en el mundo. Es un resultado: está ligada al orden, a la forma, a la consecuencia».

Murió en Jackson a los 92 años. En *La hija del optimista*, una novela perturbadora y de un negro transparente, Eudora Welty escribió: «El misterio no radica en lo poco que conocemos a quienes nos rodean, sino quizás en lo mucho que los conocemos realmente».

FÉLIX ROMEO

Uno

I

Una enfermera les mantuvo la puerta abierta. Entró primero el juez McKelva, luego su hija Laurel y después su esposa Fay, y se adentraron todos en aquella habitación sin ventanas en la que el doctor iba a llevar a cabo el reconocimiento. El juez McKelva era un hombre alto y robusto, de setenta y un años, que habitualmente llevaba las gafas colgadas al cuello con un cordel. Ahora las tenía en la mano, y se sentó en una silla elevada y con apariencia de trono, junto a la silla giratoria del médico, flanqueado a un lado por Laurel y al otro por Fay.

Laurel McKelva Hand era una mujer enjuta, de rostro hierático, a medio camino entre los cuarenta y los cincuenta, con el pelo aún oscuro. Vestía ropa de buen corte y tejido, aunque el traje era demasiado abrigado para

Nueva Orleans y tenía una arruga en el bajo de la falda. Parecía que sus oscuros ojos azules se habían pasado la noche en blanco.

Fay, pequeña y pálida, embutida en su vestido con botones dorados, repiqueteaba nerviosamente con el tacón de la sandalia en el suelo.

Era la mañana de un lunes de principios de marzo. Y Nueva Orleans era una ciudad extraña para todos ellos.

El doctor Courtland, en el momento preciso, cruzó la sala a grandes zancadas y estrechó la mano del juez McKelva y la de Laurel. Tuvieron que presentarle a Fay, que se había casado con el juez McKelva tan sólo un año y medio antes. Luego, el doctor se sentó en su silla giratoria y apoyó los talones en el reposapiés. Levantó la mirada con un extraño gesto de agradecimiento: como si hubiera estado esperando al juez McKelva en Nueva Orleans para entregarle un regalo, o quizás para que el juez se lo trajera a él.

—Nate —dijo el padre de Laurel—, seguramente el problema sea que ya no soy tan joven como antes. Pero me inclino a pensar que tengo algo *en el ojo*.

Puesto que disponía de todo el tiempo del mundo, el doctor Courtland, oftalmólogo de renombre, entrelazó los dedos de aquellas manos suyas, grandes y rudas: a Laurel siempre le pareció que el simple contacto de aquellos dedos con el cristal de un reloj podría transmitir a su piel qué hora era exactamente.

—Diría que tengo esta pequeña molestia desde el aniversario del nacimiento de George Washington.*
—dijo el juez McKelva.

El doctor Courtland asintió, como si aquel fuera un día propicio para curar cualquier dolencia.

—Hábleme de esa pequeña molestia —dijo.

—Te lo contaré. Había estado podando un poco mis rosas... estoy jubilado, ya sabes. Y me quedé allí, en un extremo del porche de casa, mirando hacia la calle... Fay se había ido a no sé dónde... —dijo el juez McKelva, y le dirigió a su esposa una amable sonrisa que se pareció mucho a un reproche.

—Yo sólo subí al pueblo, a la peluquería, para que Myrtis me pusiera los rulos.

—Y fue entonces cuando vi la higuera —dijo el juez McKelva—. ¡La higuera! ¡Lanzando destellos desde aquellos viejos trastos que a Becky se le ocurrió colgar allí hace años para espantar a los pájaros!

Ambos hombres sonrieron. Perteneían a generaciones distintas pero eran del mismo pueblo. Becky era la madre de Laurel. En julio, aquellos reflectantes caseros, una especie de círculos de latón, apenas servían para mantener alejados a los pájaros de los higos.

—Nate, seguro que recuerdas tan bien como yo ese árbol: se encuentra entre mi patio trasero y el lugar en el

*. El presidente George Washington nació el 22 de febrero de 1732; en muchos estados, no obstante, la fiesta se celebra el tercer lunes de ese mismo mes. *(Esta nota, y todas las siguientes, son del traductor.)*

que tu madre solía tener su establo. Sin embargo, cuando quise mirar en dirección a los juzgados, aquello me deslumbró. —El juez McKelva prosiguió—: Así que me vi obligado a llegar a la conclusión de que había estado mirando hacia la parte de atrás.

Fay dejó escapar una risa: una nota única, alta, tan burlona como la de un grajo.

—Sí, es bastante inquietante. —El doctor Courtland giró la silla hacia su paciente—. Echémosle un vistazo.

—Ya he mirado *yo*. Y no he visto que tenga nada —dijo Fay—. A lo mejor te arañaste con uno de esos zarzales tuyos, cariño, pero ahí no tienes ninguna espina.

—Por supuesto, se me había *olvidado* por completo. Becky seguramente habría dicho que me estaba bien empleado. El peor momento para podar un rosal trepador es antes de la floración. —El juez McKelva continuó hablando con el mismo tono confidencial; tenía el rostro del doctor muy cerca del suyo—. Pero me parece que el rosal de Becky difícilmente se rendirá.

—Difícilmente —murmuró el doctor—. Creo que mi hermana aún conserva un esqueje del Rosal Trepador de la Señorita Becky.* —De todos modos, su rostro permaneció completamente hierático mientras se inclinaba hacia delante para apagar la luz.

*. Las fórmulas de tratamiento social en el Sur de Estados Unidos tienen características distintivas: se utiliza la forma «Miss» (traducido aquí como «señorita») para referirse a cualquier mujer, independientemente de su estado civil y de su edad.

—¡Vaya, no se ve nada! —Fay dio un pequeño grito—. ¿Por qué siempre tiene que andar allí enredado en esas zarzas? ¿Sólo porque yo había salido un minuto de casa?

—Porque el aniversario del nacimiento de George Washington es el día consagrado a cortar las rosas y llevarlas a casa —dijo el doctor en tono amigable—. Debería haberle pedido usted a mi hermana Adele que fuera allí y se las cortara.

—Oh, se ofreció... —dijo el juez McKelva, pero despachó el caso de Adele con un leve movimiento de la mano—. Creo que a estas alturas ya debería haberle cogido el tranquillo al asunto.

Laurel lo había visto podar. Su padre sujetaba las rosas cortadas con ambas manos y, entonces, ejecutaba una especie de pesada danza, con un giro hacia un lado, y luego otro giro hacia el lado contrario, como si estuviera acunando a su compañera de baile, mientras se alejaba del rosal con la mirada perdida.

—¿Ha tenido más molestias desde entonces, juez Mac?

—Oh, veo un poco borroso. Nada que llame tanto la atención como aquella primera molestia.

—Muy bien, y entonces... ¿por qué no dejamos que actúe la Naturaleza? —dijo Fay—. Eso es lo que siempre le digo yo.

Laurel había llegado directamente desde el aeropuerto; había cogido un vuelo nocturno desde Chicago. La decisión de verse con su padre había sido repentina, acordada

por conferencia la tarde anterior. A su padre, en la vieja casa de Mount Salus, en Mississippi, le apeteció telefonarla en vez de escribirle una carta, pero curiosamente había sido una conversación muy seca por su parte. Al final, le había dicho: «Por cierto, Laurel, estoy teniendo algunos problemillas *con la vista*... últimamente. Creo que debería darle a Nate Courtland una oportunidad para que mire a ver qué puede encontrar». Y había añadido: «Fay vendrá conmigo, y así podrá ir de compras».

La confirmación de que estaba preocupado era tan novedosa que parecía significar que estaba realmente enfermo, así que Laurel había decidido ir volando.

El ojo increíblemente pequeño y brillante del aparato aún se mantenía suspendido entre el rígido rostro del juez McKelva y la cara oculta del doctor.

En aquel momento, las luces del techo se iluminaron de nuevo. El doctor Courtland permaneció quieto, observando con detenimiento al juez McKelva, que le devolvió la mirada.

—Pensé que tenía que traerte alguna cosilla en la que pudieras ocuparte —dijo el juez McKelva, con el tono de voz condescendiente con el que solía dictar sentencia antes de que se retirara de los tribunales.

—Tiene usted desprendimiento de retina en el ojo derecho, juez Mac —dijo el doctor Courtland.

—Muy bien, seguro que puedes pegarla —respondió el padre de Laurel.

—Hay que solucionarlo sin pérdida de tiempo.

—Muy bien, ¿cuándo me vas a operar?

—¿Sólo por un arañazo? ¡Por qué no se agostarían esas viejas rosas y se morirían! —gritó Fay.

—El ojo no tiene ningún arañazo. Lo que ha ocurrido no ha ocurrido en la parte exterior del ojo; ha ocurrido en el interior. Y los destellos, también. Ha ocurrido en la parte con la que su marido ve, señora McKelva.

El doctor Courtland, volviendo la espalda al juez y a Laurel, le señaló a Fay un cartel que colgaba de la pared. La mujer caminó hacia el cuadro, esparciendo su perfume por la sala.

—Ésta es la parte exterior del ojo y ésta es la parte interior —dijo el oftalmólogo. Y entonces señaló en el gráfico lo que había que hacer.

El juez McKelva se giró completamente hacia un lado para poder hablar con Laurel, que se encontraba sentada en una silla, junto a él.

—Lo del ojo no es una broma, ¿verdad?

—No entiendo por qué me tiene que ocurrir esto *a mí* —exclamó Fay.

El doctor Courtland condujo al juez hasta la puerta.

—¿Le importaría ir a mi despacho, señor, y permitir que mi enfermera le importune con algunas preguntas más?

Cuando el médico regresó a la sala de reconocimiento, se sentó en la silla del paciente.

—Laurel —dijo—, no quiero encargarme de esta operación. —Y añadió rápidamente—: Sentí mucho lo de tu madre. —Se volvió y lanzó lo que seguramente fue su primera mirada directa hacia Fay—. Mi familia conocía a la suya desde hace mucho tiempo —le dijo; una frase que nunca se dice salvo para advertir de algo que no hay ninguna necesidad de decir.

—¿Dónde está el desgarro? —preguntó Laurel.

—Cerca del centro —le contestó. Ella mantuvo la mirada fija en el médico y éste añadió—: No hay tumor.

—Antes de que siga usted adelante, creo que yo debería saber si podrá ver bien —dijo Fay.

—En principio, eso depende de cuál sea la razón del desprendimiento —dijo el doctor Courtland—. Y después, dependerá de lo bueno que sea el cirujano, y luego, de lo mucho o lo poco que el juez Mac acate nuestras recomendaciones, y luego, de la voluntad de Dios. Esta joven lo sabe bien —e hizo un leve asentimiento a Laurel.

—Una operación no es una cosa en la que uno deba precipitarse, eso lo sé perfectamente.

—No querrá que espere y que el juez pierda toda la visión de ese ojo... Se le están formando cataratas en el otro —dijo el doctor Courtland.

—¿Mi padre tiene...? —preguntó Laurel.

—Lo descubrí antes de irme de Mount Salus. Se han estado formando durante años; se han tomado su tiempo. Él está informado; pero piensa que ya se le pasará.

—Es como lo de mi madre. Así fue como empezó...

—Bueno, Laurel, yo no soy muy hábil a la hora de hacer suposiciones —protestó el doctor Courtland—. Así que procederé con precaución. Yo estuve allí, en tu casa, con el juez Mac y la señorita Becky. Y pude observar muy de cerca lo que le ocurrió a tu madre.

—Yo también estaba allí. Sabes que nadie va a culparte de nada; ¿cómo imaginar que podías haber previsto que...?

—Si hubiéramos sabido entonces lo que sabemos ahora... El ojo era sólo una parte de la cuestión... —dijo—, en tu madre.

Laurel observó durante un instante aquel rostro curtido, tan absolutamente transparente a sus ojos. Toda la vida de Mississippi se reflejaba en su cara.

Se levantó.

—Desde luego, si me pides que lo haga, lo haré —dijo—. Pero desearía que no me lo pidieras.

—Mi padre no va a permitir que te desentiendas —dijo Laurel pausadamente.

—¿Es que lo que yo opine no cuenta en absoluto? —preguntó Fay, mientras salía tras ellos de la consulta—. Pues opino que deberíamos olvidarnos completamente de este asunto. La Naturaleza es el mejor cirujano.

—De acuerdo, Nate —dijo el juez McKelva cuando se reunieron todos en el despacho del doctor Courtland—. ¿Cuándo puede ser?

—Juez Mac —contestó el doctor Courtland—, he conseguido que me haga este favor el doctor Kunomoto, de Houston. Ya sabe, fue mi profesor. Ahora utiliza un método más radical, y puede coger un avión y presentarse aquí pasado mañana. . .

—¿Para qué? —preguntó el juez—. Nate, me he decidido a salir de casa, y a abandonar mis comodidades, y a venir a este sitio, y a ponerme en tus manos por una sola razón: confío en ti. Así que demuéstreme que todavía no soy tan viejo como para haber perdido el buen juicio.

—Muy bien, señor; entonces se hará como usted quiere —dijo el doctor Courtland, levantándose. Y añadió—: Señor, ¿sabe usted que, en todo caso, esta operación no es cien por cien segura?

—Bueno, soy un optimista.

—No sabía que quedaran individuos de esa especie —dijo el doctor Courtland.

—Nunca pienses que ya lo has visto todo —se burló el juez McKelva. Respondió a la sonrisa del doctor con una carcajada que fue como el gruñido de triunfo de un viejo cascarrabias. El doctor Courtland, cogiendo las gafas que el juez sostenía en sus rodillas, amablemente se las volvió a colocar sobre la nariz.

Del mismo modo, como una especie de ceremonioso pastor, el doctor condujo a los tres a través de la atestada sala de espera.

—Esto tengo que hacerlo en el hospital; ya me han reservado quirófano y está todo dispuesto —dijo.

—Puede remover cielo y tierra sólo con que se lo pidan —dijo su enfermera casi en un susurro cuando se cruzaron con ella en la puerta.

—Vaya directamente al hospital y quédese allí. —Cuando se abrieron las puertas del ascensor, el doctor Courtland tocó a Laurel ligeramente en el hombro—. He ordenado que haya una ambulancia abajo, señor... Hará el trayecto más seguro.

—¿Por qué actúa de ese modo tan amable? —dijo Fay mientras bajaban—. Apuesto a que cuando mande la factura sus honorarios no serán tan amables.

—Estoy en buenas manos, Fay... —le dijo el juez McKelva—. Conozco a toda su familia.

En Canal Street soplaba un viento frío y desagradable. En casa, en Mount Salus, el juez McKelva siempre había dado ejemplo no quitándose el sombrero de invierno hasta el Día del Sombrero de Paja,* así que ahora llevaba puesto su panamá de color crema. Y Laurel pensó que aunque tenía más panza, parecía menos rubicundo y más delgado de cara que el día de su boda: aquella había sido la última vez que lo había visto. Las manchas de color champiñón bajo sus ojos eran las de siempre, típicamente suyas, igual que las negras y sobresalientes cejas clásicas de los McKelva, que casi se reunían en medio de la frente. Pero... ¿qué estaba mirando? Laurel

*. El Straw Hat Day se celebra el segundo sábado de mayo en algunos lugares y, en otros, el día 15 del mismo mes.

se preguntó si a través de aquella mirada inflamada y benévola estaría mirando realmente a Fay, o a ella misma, o a nadie en absoluto. En el resplandor cegador de Nueva Orleans, mientras esperaba a la ambulancia sin preguntarse si de verdad la necesitaba, su padre parecía por primera vez —al menos por lo que ella recordaba— un hombre capaz de admitir una mínima incertidumbre en su futuro.

—Si Courtland es tan bueno, al menos podría haber-nos asegurado que todo va a salir bien —dijo Fay—. Y, además, no es tan perfecto: vi cómo le daba un azote en el trasero a la enfermera.

2

FAY SE HABÍA SENTADO JUNTO A LA VENTANA; Laurel permanecía de pie en la puerta; estaban en la habitación del hospital, esperando a que trajeran al juez McKelva tras la operación.

—Vaya una manera de cumplir las promesas —dijo Fay—. Me dijo que si algún día me traía a Nueva Orleans, sería para ver el carnaval. —Miraba fijamente por la ventana—. Y ahí está el carnaval, precisamente ahora. Aunque me parece que esto es lo más cerca que vamos a estar del desfile.

Laurel volvió a mirar el reloj.

—¡Ha salido bien! ¡Lo ha llevado estupendamente!
—exclamó el doctor Courtland entrando a grandes zancadas en la habitación, aún ataviado con su bata de cirujano. Sonrió a Laurel. Su rostro estaba empapado de sudor—. Y creo que con un poco de suerte vamos a conseguir que conserve algo de visión en ese ojo.

Habían inmovilizado al juez McKelva en una camilla. En ella lo llevaron a la habitación, donde le esperaban las dos mujeres. Traía los ojos vendados. La cabeza venía encajada entre dos sujeciones fijas y las sábanas, prendidas en torno al gran bulto inmóvil de su cuerpo, prácticamente lo mantenían atado a la camilla.

—No me dijo usted que vendría así... —dijo Fay.

—Ha ido bien, maravillosamente bien —dijo el doctor Courtland—. Le ha quedado un ojo precioso. —Abrió la boca y lanzó una carcajada. Hablaba con excitado nerviosismo, casi con euforia, como si acabara de llegar de una fiesta.

—Vamos, si casi no se puede ni decir quién está debajo de este montón de trapos. ¡Es como una casa de grande! —dijo Fay, lanzando una mirada al juez McKelva.

—Creo que nos va a sorprender a todos. Si conseguimos que se quede así de quieto, ¡conservará al menos una pequeña parte de la visión, algo que ni siquiera podríamos haber imaginado! ¡Es un ojo maravilloso!

—Pero... *mírelo usted* —dijo Fay—. ¿Cuándo va a volver en sí?

—Oh, tiene tiempo de sobra —dijo el doctor Courtland mientras salía.

La cabeza del juez McKelva reposaba sin almohada, alargando en toda su extensión aquel cuello envejecido y desnudo. No sólo permanecían ocultos sus grandes ojos negros, sino también sus espesas cejas y las ojeras oscuras, bajo una gasa opaca. Sin la profunda oscuridad de sus ojos y habiéndole arrebatado el brillo de su mirada, y con aquella boca aletargada y la palidez de sus mejillas, su rostro parecía el de un muerto.

Era una habitación doble, pero el único ocupante en aquellos momentos era el juez McKelva. Fay se había tumbado unos minutos antes en la segunda cama. La primera enfermera de guardia ya había llegado; se había sentado y, acto seguido, había comenzado a tejer unos patucos de bebé, de un modo tan automático que parecía que lo estaba haciendo dormida. Laurel paseaba de un lado para otro, como si quisiera asegurarse de que todo estuviera en orden en la habitación. Pero allí no había nada que hacer; todavía. Aquello era como estar en ninguna parte. En realidad, los tejados que podían verse desde aquella ventana del hospital podrían haber sido los tejados de cualquier ciudad, descoloridos y parcheados de brea, con pequeños espejuelos de agua de lluvia dispersos aquí y allá. Al principio, Laurel no se dio cuenta de que desde allí se podía ver el puente... Allí estaba, borroso en

la distancia, sin que pudiera adivinarse claramente para qué servía, como si sólo fuera un edificio más. El río no se veía desde allí.* Bajó la persiana para evitar la intensa luminosidad que reflejaba el cielo. Le pareció que aquella habitación grisácea, oscura y anónima podría ser en cierto modo el reflejo de la misma «molestia» del juez McKelva, del trastorno visual que lo había llevado hasta allí.

Entonces el juez McKelva comenzó a rechinar y a chirriar los dientes.

—Padre... —Laurel se acercó.

—No es nada, se despierta siempre así —dijo Fay desde su cama, sin abrir los ojos—. Me toca aguantarlo todas las mañanas.

Laurel permaneció junto a él, esperando.

—¿Cuál es el veredicto? —preguntó de repente su padre, con una voz reseca—. ¿Eh, Polly? —Se dirigía a Laurel con el nombre que todos utilizaban para llamarla cuando era niña—. ¿Tiene algo que decirme tu madre?

—¡Anda, mira tú...! —exclamó Fay. Saltó de la cama y con pasitos ligeros se acercó a la cama de su marido. Iba sin zapatos, sólo en medias—. ¿Y ésta quién es? —Y se señaló con el dedo la medallita de oro que colgaba sobre su esternón.

La enfermera, sin detenerse en su labor de ganchillo, habló desde su silla.

*. Se trata del Greater New Orleans Bridge. El río es el Mississippi.

—No se acerque tanto al ojo, querida. Nadie puede tocarlo ni hacer tonterías con el ojo del señor. Ni siquiera se puede tocar la cama, hasta que el doctor Courtland diga que se puede. Si no, alguien podría lamentarlo mucho. El doctor Courtland me despellejaría viva.

—Está bien —dijo el doctor Courtland, que entraba en ese momento; se inclinó muy cerca del paciente y le habló animadamente a aquel rostro insensible—. ¡Yo ya he hecho mi parte, señor! ¡Ahora le toca a usted! Y lo suyo será más duro que lo mío. ¡Tiene que quedarse aquí tumbado y quietecito! Sin moverse. Sin darse la vuelta. Sin lágrimas. —Sonrió—. ¡Sin nada de nada! Simplemente deje pasar el tiempo. Tenemos que darle tiempo a ese ojo.

—Tal vez podría darle un sorbito de agua antes de que se vuelva a dormir —dijo la enfermera cuando el médico se incorporó.

—Adelante. Humedézcale la garganta, está despierto —dijo el doctor Courtland y se dirigió a la puerta—. Sólo está haciéndose el dormido.

Y con un gesto señaló a Laurel y a Fay, y les indicó que salieran fuera.

—Y ahora, escúchenme bien: tienen que vigilarlo las dos. Desde este mismo momento. Háganlo por turnos. Estar tumbado sin hacer nada no es tan fácil como se cree la gente. Le diré a la señora Martello que se quede de guardia toda la noche. Laurel, es fantástico que esté usted aquí. Su padre va a precisar de cuidados muy especiales. No podemos correr ningún riesgo con el juez Mac.

Cuando el médico se marchó, Laurel se acercó a la cabina de teléfonos que había en el pasillo. Llamó a su estudio; era diseñadora de tejidos estampados en Chicago.

—No hay ninguna necesidad de que te quedes sólo porque lo haya dicho el médico —dijo Fay cuando Laurel colgó. Había estado escuchando como si fuera una chiquilla curiosa.

—No, no... Me quedo porque quiero; es cosa mía —dijo Laurel, y decidió aplazar el resto de las llamadas que tenía que hacer—. Mi padre necesita que las dos le dediquemos todo el tiempo que podamos. No está hecho para quedarse quieto durante mucho tiempo.

—Muy bien, así que supongo que no es una cuestión de vida o muerte, ¿no? —dijo Fay con voz de enfado. Regresaron juntas a la habitación. Fay se inclinó sobre la cama y dijo—: Me alegro de que no puedas verte, querido.

El juez McKelva dejó escapar un sonido espantoso y desigual, un ronquido, y cerró la boca.

—¿Qué hora es, Fay? —preguntó.

—Eso ya es más propio de ti —contestó su mujer, pero no le dijo la hora—. Era por esa maldita anestesia por lo que salió con eso de antes... —le dijo a Laurel—. Vaya, ni siquiera había mencionado a Becky hasta que tú y Courtland empezasteis a darle cuerda con eso.

*